

REPERTEJE



MANUEL MOLINES

Casi todas las campanas voltean por electricidad.

Un valenciano, Manclús, introdujo la tecnología en los años cincuenta

La electrificación llega a los campanarios

MIGUEL ANGEL SANCHEZ

A LREDEDOR de la década de los cincuenta, los avances tecnológicos entraron en el cerrado mundo de la fabricación de campanas, una elaboración que hasta entonces había permanecido sujeta a unas normas ancestrales y tradicionales. Fue precisamente una industria valenciana la que dio este primer paso que, a pesar de su aceptación generalizada, sigue recibiendo críticas de diversos sectores. Fue el padre de Salvador Manclús, actual propietario de la fundición Industrias Manclús, quien ideó la electrificación de las campanas.

«Mi padre era un hombre —confiesa Salvador— que tenía visión de futuro y que vio que a la larga existía una necesidad que poco a poco ha ido confirmándose». Según Salvador Manclús, los seguros sociales, los sueldos y las preocupaciones, además de la crisis económica, fue-

ron propiciando la extensión de los campaneros manuales, ya que las parroquias no se los podían permitir.

De esta forma, alrededor de los años cincuenta, el valenciano Manclús comienza a comercializar un sistema eléctrico para que las campanas «repiquen» solas. Conforme ha ido pasando el tiempo, este tipo de campanas se han ido extendiendo y modernizando.

Actualmente, Industrias Manclús, una de las tres últimas fundiciones de campanas que existen en España, según Salvador, viene fabricando alrededor de veinte campanas cada dos meses. De todas las que se funden, el 80% son refundidas y el veinte nuevas. De estas últimas, más del 80% son electrificadas y el resto manuales, lo que da una idea de la evolución del mercado.

A pesar de las críticas, Salvador, el hijo del pionero, defiende la introducción de la moderna tecnología. «Las eléctricas sue-

nan igual que las manuales, ya que en las primeras la campana en sí se encuentra separada de la parte superior mediante una madera de encina previamente tratada». No obstante, Salvador reconoció que la cadencia de sonido de las eléctricas, al ser siempre la misma, resulta monótona, mientras que en las manuales el campanero varía el ritmo continuamente. No obstante, esta larga discusión entre manual y eléctrica perdurará para siempre.

Un negocio que aún da de comer

La fundición de campanas, a pesar de los momentos que corren, aún resulta un buen negocio. «Aunque la gran expansión del mercado vino en los años cuarenta y cincuenta, tras la guerra civil, aún es rentable fabricar campanas». Parte de esta rentabilidad se centra en la falta de competencia, en el pequeño número de

empleados que requieren las tres fábricas existentes y en la exportación al continente americano.

Actualmente, están construyendo los moldes para fundir veinte nuevas campanas. «Es un proceso caro —explica—, ya que tenemos que fabricar también todos los complementos, como las vigas, tornillos y tuercas, cojinetes y accesorios eléctricos».

Según parece, los adelantos técnicos no se han detenido, y Salvador afirma que con electricidad sería capaz de «voltear» cualquier campana, por grande que fuera. «Otra cosa —señala— es que el campanario donde esté colocada pueda resistirlo».

Las críticas contra la electrificación, sin embargo, por parte de los campaneros puristas, siguen sucediéndose. Frente a un hecho ya imparable y extendido, reclaman el arte del antiguo campanero que las hacía sonar a su voluntad.